
MODELO CULTURAL O PROYECTO POLÍTICO

Josep María Triginer



5

La historia nos ha enseñado que cada clase social ha desarrollado su propio proyecto político partiendo de su experiencia. El apoyo social parte de una identidad común, en los términos y atributos que configuran la clase social, y se vertebra alrededor de los valores que se consideren más apropiados para cubrir los objetivos que persigue la sociedad civil.

En estas consideraciones pretendemos distinguir el contenido de un proyecto político y el soporte de un modelo cultural. Es decir, mientras el proyecto político interpreta el conjunto de objetivos de una clase, basándose en las expectativas generadas por su experiencia social, el modelo cultural integra al conjunto de valores y

actitudes que se han desarrollado con motivo de su ejercicio. En otras palabras, mientras el modelo cultural expresa las raíces de la experiencia colectiva, el proyecto político orienta la dirección que emprende una clase social.

Las aportaciones del marxismo nos han

permitido analizar los modelos en los que se vertebra una actividad social, formulando un diagnóstico sobre la base de sus contenidos más anti-téticos. Es decir, la di-

Mientras el modelo cultural expresa las raíces de la experiencia colectiva, el proyecto político orienta la dirección que emprende una clase social.

cotomía entre los valores más significativos ha servido para que la clase trabajadora elabore un proyecto político antagónico al de la burguesía. Es por ello que acostumbramos a identificar como un todo indisoluble a los modelos culturales y proyectos políticos, pero un análisis más preciso de la realidad política nos induce a disociar uno y otro aspecto de la dinámica social si queremos profundizar en los respectivos análisis.

El examen de lo que está sucediendo en la actualidad nos ilustra acerca del sentido de los criterios que acabamos de reproducir. Con la crisis económica se han pulverizado las teorías tradicionales hasta el extremo que son pocas las personas que acuden a teóricos relevantes para avalar el contenido de sus posiciones. El problema, por otra parte, no reside en el cuestionamiento global de las teorías sino en el rechazo de aquéllas que se destinaron a la interpretación de la realidad social. En tales condiciones, el panorama es el siguiente:

La crisis económica ha dado lugar a la aplicación de políticas de adaptación a la disminución del crecimiento. Un observador exterior a la realidad tendría la impresión de que no hay diferencia entre las políticas económicas que aplica la derecha o la izquierda, pues ambas utilizan los mismos criterios de racionalidad económica, pero se observa una diferencia sustancial al considerar los valores que orientan el conjunto de la actividad política.

La derecha tradicional profundiza en lo que fueron los tradicionales valores del capitalismo. Es decir, pretende aplicar la competencia y el individualismo hasta sus últimas consecuencias, dando lugar a concepciones que conocemos como «neolibe-

ralismo» y que sólo se han probado, con toda su dureza, en países tales como Argentina, Chile y Uruguay, con las desastrosas consecuencias que conocemos.

La política económica de la izquierda insiste en aplicar la necesaria solidaridad entre todos los ciudadanos de un país. Según sean las organizaciones políticas se insiste en otros valores como la igualdad, el pacifismo, etc. Pero la izquierda ha perdido la confianza en su tradicional discurso político, cuya carga determinista abría esperanzas de un mundo mejor para quienes sufrían las consecuencias de la aplicación del capitalismo duro y salvaje.

En otras palabras, la insuficiencia teórica es la misma en la derecha que en la izquierda, pero el crecimiento económico se basa en los tradicionales valores del capitalismo; con lo cual resulta que, ante la crisis, si bien se cuestionan los modelos teóricos que no han podido interpretar la nueva realidad, se profundiza en los valores que se identifican como vertebradores de la experiencia que fue más gratificante para la identidad humana.

El recurso a los valores que conforman la identidad de una cultura se adecúa a una respuesta típicamente adaptativa. Es decir, ante la incertidumbre que provoca la crisis se acude a la seguridad de aquellos comportamientos que demostraron su eficiencia a lo largo de la historia.

La selección de valores y pautas de conducta

Con la división del trabajo nos encontramos con valores, o con métodos, de gran importancia social, pero verificados por un número muy reducido de personas. El ejemplo más sencillo lo tenemos en el conocido método científico, que sólo acostumbra aplicar la comunidad acadé-

mica y cuantas personas se vinculan a la investigación básica o aplicada. En lo que a valores se refiere, hay ocasiones en las que es difícil establecer la correlación entre el cumplimiento de los objetivos y la aplicación de los valores utilizados para tal fin; tal sería el caso, por ejemplo, de la libertad o del individualismo.

Las dificultades para seleccionar y aplicar los valores culturales más eficientes es lo que justifica la teorización sobre los mismos, dando lugar a las conocidas ideologías. Pero las dificultades en épocas de prosperidad son pocas en relación con las que aparecen en la actualidad. Efectivamente, el recurso a los comportamientos más probados se convierte en una selección que implica acentuación de unas pautas de conducta y exclusión de otras. Se trata de un «confinamiento cultural» que afecta a los comportamientos culturales más verificados ¹.

El «confinamiento cultural», en los términos descritos, implica una sobrevaloración de la experiencia cultural y, por tanto, una acentuación de la identidad. Nos referimos a la identidad que configura el conjunto de comportamientos que han vertebrado la experiencia que nos haya proporcionado una mejor adaptación al entorno en el que vivimos. Pero la naturaleza de la respuesta adaptativa es tal que integra comportamientos de naturaleza muy dispar, mezclándose señas de identidad con valores, éstos con métodos, aquéllos con instituciones y éstas con pautas de conducta que regulan las relaciones interpersonales.

El «sujeto» (individual o colectivo), sometido a «confinamiento cultural», es el que decide los valores, métodos y pautas de conducta que deben confinarse. Es decir, el «sujeto» afectado es el que selecciona los atributos de la identidad que deben estimularse en función del grado de verificación apreciado. Pero cuando se trata

de señas de identidad no se discrimina un comportamiento para ensayar un nuevo modelo adaptativo, sino que se discrimina a otras identidades. En tales circunstancias, el «sujeto» afectado es quien decide las condiciones de pertenencia a la identidad confinada.

El «confinamiento cultural», en los términos citados, puede conducir a la frustración de sus protagonistas si se esperaban más frutos de los que se puedan alcanzar. Poco significativas serían sus consecuencias prácticas si no fuera porque el «confinamiento cultural» no se comporta como un modelo cognoscitivo y, por tanto, no distingue entre «causas» imputables al «sujeto» o al «objeto». Es decir, el sujeto sometido a «confinamiento cultural» no acepta como propias las responsabilidades derivadas de sus actos. Se trata de una reiterada experiencia de la historia de nuestra civilización, en la que algunos pueblos se han creído acosados por enemigos, provocando respuestas que han

contribuido a llenar las páginas más negras de la historia.

El resultado de todo este proceso es conocido por los comentaristas políticos como

«fundamentalismo», o «integrista», si afecta a conductas vinculadas con la moral religiosa, y los ejemplos más significativos suelen situarse en el mundo islámico a resultas de la revolución iraní y de la presión política ejercida por los «hermanos musulmanes» en los demás países del Islam. Pero el fenómeno adaptativo no se reduce al mundo religioso, lo cual nos lleva a constatar, por ejemplo, el parecido que hay entre el «fundamentalismo» que aplica Jomeini y el que defiende Reagan; aunque, obviamente, sean completamente distintas sus raíces culturales.

Consecuencias políticas

La respuesta adaptativa que se ha aplicado para hacer frente a la incertidumbre

La política económica de la izquierda insiste en aplicar la necesaria solidaridad entre todos los ciudadanos de un país.

provocada por la crisis se expresa en desiguales términos según sea la experiencia cultural de cada uno de los sujetos implicados. En los EE.UU., el «fundamentalismo» de Reagan se proyecta hacia tres direcciones fundamentales:

— Recurso a la amenaza exterior (incluyendo a la de Nicaragua) para afianzar la identidad del pueblo americano.

— Acumulación de capital en los EE.UU. con el recurso al ahorro de otros países, gracias a los elevados tipos de interés y fomento de grandes planes de investigación destinados a aplicaciones militares.

— Fomento de los valores asociados al origen y esplendor del capitalismo americano.

Los resultados obtenidos han entusiasmado a los observadores más parciales que han considerado el fugaz crecimiento de la economía americana como la «locomotora» que podría arrastrar el crecimiento de los demás países, postrados en un largo letargo del que no saben cómo salir. Pero los buenos resultados se ven ensombrecidos por el déficit público, el mantenimiento del paro, el déficit de la balanza de pagos y la fragilidad de algunas instituciones financieras.

Si fijamos nuestra atención en lo que sucede en el Japón nos percatamos de que se siguen acentuando, y profundizando, los valores que sostuvieron la organización y relanzamiento de la gran potencia industrial que hoy todos conocemos:

— Adaptación de la sociedad a las tecnologías extranjeras para asumirlas como propias, y perfeccionamiento de todos y cada uno de los productos y procesos productivos.

— Integración en los objetivos de cada empresa a todas y cuantas personas se vinculan con ella, reproduciendo allí el carácter nuclear de la tradicional familia

**En España resulta difícil
asociar el crecimiento económico
a determinados
valores
culturales.**

japonesa que, tras la segunda guerra mundial, los americanos quisieron reformar sin éxito.

— Integración de su economía en el contexto internacional, tratando de aprovechar todas las ventajas que les confiere su elevado nivel de integración en las tareas productivas y el acceso a recursos de bajo precio en el contexto internacional.

En Europa podemos encontrar los mismos valores que en los EE.UU., pero la tradicional presencia de una izquierda integrada en la sociedad civil ha dado lugar a que sus valores se hallen presentes en la experiencia histórica de sus naciones. En Europa, por ejemplo, los partidos conservadores no pueden prescindir de mecanismos de solidaridad con la facilidad que podría hacerlo el gobierno americano o el japonés. Los condicionamientos culturales de tal naturaleza, extensivos a otros valores, han dado lugar a que algunos prestigiosos comentaristas valoren la nueva situación en términos de «decadencia europea».

En las llamadas economías comunistas nos encontramos con los problemas tradicionales, aunque agravados por el constante descenso de los índices de crecimiento en los países que no han sabido, o podido, introducir sustanciales reformas. La subvaloración de las teorías parecer ser una constante en los países del Este, aunque ello no implique la negación de los valores que las justificaron.

En cualquier caso, cabe recordar que el aislamiento de las economías comunistas respecto a los mercados occidentales nos obliga a considerarlas con evolución propia y, por tanto, no tienen por qué reproducir las características de la crisis que

afecta a Occidente.

La importancia que cabe atribuir a tales cuestiones se debe a que en la actualidad se libra una lucha muy singular, pues ya

no son las empresas las que compiten libremente poniendo a prueba sus mejores técnicas o los productos apropiados. La presencia de las grandes multinacionales

Al no haberse producido la «revolución burguesa», los empresarios españoles no han tenido necesidad de confiar su suerte a su propia capacidad.

en cada una de las áreas económicas da lugar a una gran homogeneidad en las prestaciones de los productos y en la eficiencia de las técnicas empleadas para producirlos, con lo cual resulta que la auténtica competencia se traduce en la verificación de los valores que cada cultura incorpora en la producción de bienes. El contenido cultural de la actual competitividad es lo que sirve para cuestionar su legitimidad, pues no se está poniendo a prueba la capacidad creativa de sus protagonistas sino la propia identidad de los pueblos.

La situación española

En España resulta difícil asociar el crecimiento económico a determinados valores culturales. La etapa de mayor crecimiento coincide con la dictadura, pero también es la época en la que se desea entrar en el Mercado Común, al que se asocia con el progreso y la riqueza. Es decir, no resulta fácil la asociación de la «dictadura» con el «crecimiento económico», aunque algunos ultraconservadores estimen lo contrario.

Bajo un punto de vista histórico se aprecia la ausencia de un proyecto político que haya orientado y dirigido el destino de España: nos hemos limitado a reproducir las tecnologías, instituciones y relaciones industriales de los países que hemos pretendido imitar. La desvinculación nacional ha llegado al extremo de que los españoles hemos estimado más lo producido en el extranjero que lo hecho por nosotros. Por el contrario, y al mismo tiempo, el español medio ha considerado a su tierra como el mejor lugar del mundo donde vivir, dando a su identidad colectiva un sentido más vivencial que de experiencia social.

Este sentido vivencial de la identidad española, y el importante peso de las costumbres e instituciones tradicionales, ha dado lugar a la configuración de una Es-

paña marcada por el signo conservador. Al no haberse producido la «revolución burguesa», los empresarios españoles no han tenido necesidad de confiar su suerte a su propia capacidad, pues era más provechoso disfrutar de los favores del Poder que de su bien hacer. Desde tal perspectiva, el ciudadano medio ha confiado más en el disfrute de privilegios que en la fuerza e iniciativas de la propia sociedad. En tales condiciones, la dinámica política se ha basado más en la identidad respecto al poder establecido que en el protagonismo del esfuerzo colectivo.

A resultas de tales hechos, la lucha tradicional de los demócratas perseguía el propósito de modernizar España en función de las experiencias que al respecto se habían ensayado en otros países. Bajo la influencia de un vago estructuralismo, los teóricos de la democracia española pusieron más énfasis en las reformas institucionales que en el impulso de un proyecto político que fuera más allá de las conquistas democráticas. Si la democracia era sinónimo de progreso, la reforma de la estructura del Estado era identificada como la lucha más eficaz contra los obstáculos que impedían la modernización del país.

Para los socialistas, la España de las autonomías era una respuesta a la pluralidad cultural, respondía al propósito de aproximar las instituciones a la sociedad, y expresaba la resultante de todo un modelo estratégico. Es decir, ante las supuestas dificultades para acceder al Gobierno, en un Estado que se estimaba autocrático y en un país que se consideraba conservador, el Estado de las Autonomías respondía a una estructura que permitiría la progresiva conquista de «parcelas de poder». Pero los hechos nos han enseñado que aquella estrategia se basaba en una subva-

loración de la capacidad de cambio de la sociedad española ².

Los modelos culturales de la España democrática

En la historia de España se aprecia la existencia de unos «nacionalismos» recluidos en las nacionalidades catalana y vasca que desarrollaron frustrados proyectos políticos para toda España. También encontramos ocasiones en las que se defendieron privilegios que no se adecuaban con la época y el nivel de desarrollo alcanzado. En ambos casos se agotaron los respectivos proyectos políticos con la consecución de los Estatutos de Autonomía.

Aunque sea difícil llevar a cabo un examen pormenorizado de la experiencia autonómica, si nos atenemos a la experiencia catalana y vasca hay algo que llama poderosamente la atención, pues ambas administraciones han priorizado las políticas que corresponden a tareas de actividad donde no ha habido una notoria experiencia histórica. Es como si, desde la respectivas administraciones, se tratara de estimular las reconocidas insuficiencias de la propia comunidad.

Quienes seguimos de cerca el desarrollo de los acontecimientos en una y otra nacionalidad podríamos aportar argumentos para justificar las razones que avalan cada una de las citadas políticas, pero la realidad sigue siendo la misma: los llamados «nacionalistas» promueven y estimulan valores que nada tuvieron que ver con los que fueron utilizados para vertebrar a sus respectivas nacionalidades. En otras palabras, la realidad «nacional» de las citadas comunidades se explica mejor desde la perspectiva de una «crisis de identidad» que desde la plataforma de un proyecto político ³.

La experiencia socialista

Si la característica del gobierno de la UCD estaba marcada por la ambigüedad, que acrecentaba la incertidumbre producida por la crisis económica, la práctica del Gobierno socialista ha sido todo lo contrario. Hemos conocido la experiencia de un gobierno que dirigía la política del país de acuerdo con el interés general en todas y cada una de las actividades que le han sido confiadas. Se han democratizado las leyes, adecuándolas a los mandatos constitucionales; se ha reforzado la autoridad y legitimidad del Poder; se ha ensanchado el protagonismo internacional de España, y se han abordado todos aquellos temas pendientes que la historia reciente había considerado como intocables.

En el orden económico se ha aplicado

Los llamados «nacionalistas» promueven valores que nada tuvieron que ver con los que fueron utilizados para vertebrar a sus respectivas nacionalidades.

una política restrictiva con el fin de racionalizar el caos al que se había llegado. Ha sido necesario reconvertir la industria básica, el sector energético, el textil y el transporte, otro tanto cabe decir respecto a la banca y los seguros, pero el ajuste más duro y costoso lo ha llevado a cabo el mercado, sin el concurso de la Administración, siendo responsable del fuerte incremento de la «economía sumergida». También se han flexibilizado las condiciones de la nueva contratación laboral, y se ha acudido a la financiación indirecta con el fin de estimular la creación de nuevos puestos de trabajo. Han existido ocasiones en las que hemos tenido la impresión de que todavía estaba todo por hacer.

Algunos observadores consideran que la política económica del Gobierno es de signo conservador, en la medida que se ajusta más a las típicas recomendaciones de la OCDE y del FMI que a la tradicional ortodoxia socialista. Tales acusaciones han sido reiteradamente recusadas por el Presidente del Gobierno, que manifiesta no conocer otras posibles alternativas.

Efectivamente, al igual que se hace por los socialistas de otros países, se gobierna con la racionalidad de la economía tradicional pero se aplica desde los valores de la izquierda.

Una de las paradojas de la situación actual es la de que se espera del Gobierno socialista una capacidad de acción que excede con mucho a sus competencias y posibilidades. Se le imputan responsabilidades, por ejemplo, sobre el desarrollo de una crisis económica cuyo origen se remonta al advenimiento de la propia democracia. Las críticas de tal naturaleza son ilustrativas de una actitud que sólo es comprensible desde una concepción «omnipotente»⁴ del Estado; incompatible con la distribución de poderes del modelo occidental, que limita las competencias del Gobierno a la capacidad reguladora de las relaciones que se generan en el seno de la sociedad.

Desde la perspectiva de la lógica democrática, las críticas habituales eluden cualquier comentario a los aspectos positivos de la gestión económica. Nos referimos a aquéllos que la derecha soñaría alcanzar en el supuesto que estuviera en el gobierno. Exitos tan notables como la reducción de la inflación, un sustancial incremento de las exportaciones y el mantenimiento de razonables niveles de crecimiento, son ignorados por una derecha que entiende la oposición como sinónimo de descalificación del adversario.

Por otra parte, la atípica evolución de nuestra democracia ha afianzado un conservadurismo que reniega de su pasado. En otras palabras, nos encontramos con unos conservadores cuyos naturales valores (competitividad, individualismo y libertad económica) corresponden a una experiencia social basada en el monopolio, el corporativismo y el privilegio. Se trata de una dicotomía cuyas contradicciones ponen de manifiesto la inconsisten-

cia de la derecha cuando se aleja del poder y sus dificultades para articular un proyecto político, o desarrollar un modelo cultural, que vaya más allá de la simple suma de contradicciones.

En tales condiciones, el socialismo está asumiendo el papel que históricamente correspondió a la burguesía, pues aplica y difunde en la sociedad la lógica que vertebró la sociedad occidental. Pero su aplicación no se hace en sus originales condiciones: la competencia, el mercado y los propios productos, son regulados por la ley y ayudadas las empresas en determinadas situaciones; el individualismo está sometido a las restricciones que impone el interés general, y la solidaridad pretende contrarrestar los efectos negativos de la desigualdad que resulta de aplicar unos valores destinados a favorecer la eficiencia productiva.

La política actual de los socialistas se vertebra en relación a un modelo cultural claramente definido. Se trata de aplicar criterios de eficiencia y racionalidad que no contribuyen a incrementar las desigualdades que sufren los ciudadanos españoles. Se trata de que prevalezca «el todo» sobre «las partes», lo público sobre lo privado, la sociedad sobre el individuo, etcétera. Los parámetros de tal modelo cultural pueden no ser suficientes para salir de la crisis, pero no se nos puede pedir que apliquemos una política que vaya contra el sentido de los valores indicados.

La lectura del comportamiento indicado es muy distinta según sea el sujeto afectado. Para algunos «nacionalistas» se está anteponiendo el «españolismo» de los socialistas a los derechos de los llamados «pueblos históricamente oprimidos».

Para otros, estamos conculcando los «derechos adquiridos» al afectar a tradicionales privilegios o intereses corporativos. Pero también hay quienes esperan que lo

**En España se gobierna
con la racionalidad de la economía
tradicional
pero se aplica desde los valores
de la izquierda.**

solucionemos todo, que podamos resolver una crisis que excede a las posibilidades de un solo país.

Sin que los socialistas nos lo hayamos

propuesto nos estamos convirtiendo en la clase social que lleva a cabo la aplazada modernización de la sociedad española. Pero también somos el centro de las iras de todos aquéllos que no han conocido más que los privilegios, o de quienes creen que sólo importa su problema o punto de vista. Es la servidumbre que nos corresponde asumir como consecuencia de la responsabilidad que nos ha asignado nuestro electorado.

La identidad de la izquierda

En el seno del socialismo francés se asiste a un debate entre quienes se identifican con la corriente tradicional del socialismo, que no renuncian a la unidad de la izquierda, y quienes postulan una corriente modernizadora, «*deuxième gauche*», con el propósito de redefinir los postulados de la izquierda. El problema es el mismo en otros países, aunque nos encontremos con casos en los que lo tradicional haya sido la política socialdemócrata y lo renovado consista en buscar una aproximación con los movimientos ecologistas o pacifistas.

Lo que está sucediendo presenta rasgos muy comunes con la experiencia vivida con motivo de la depresión del año 1929⁵. Ante la crisis se llevan a sus últimas consecuencias los supuestos ideológicos que configuran la identidad de cada fuerza política, verificando tales planteamientos con la prueba de la realidad. Si el «confinamiento cultural» expresa el carácter de una respuesta adaptativa, la verificación negativa del proyecto político (modelo interpretativo de la realidad social) abre la oportunidad para ensayar un nuevo modelo cognoscitivo que sea capaz de integrar la imprevista realidad.

La atípica evolución de nuestra democracia ha afianzado un conservadurismo que reniega de su pasado.

El fracaso, en Francia, de la política basada en la unidad de la izquierda ha servido para ratificar la fragilidad de las concepciones tradicionales, aunque se man-

tenga la convicción de que el protagonismo fundamental, en la sociedad, siga siendo el que polariza la derecha y la izquierda. También ha servido para evidenciar la incertidumbre que se produce como consecuencia del fracaso del tradicional proyecto político, teniendo que recurrir, desde la perspectiva de la izquierda, a la aplicación de la denostada lógica del sistema capitalista.

La incertidumbre acusada por la izquierda también se observa en las posiciones de la derecha, que profundiza en sus tradicionales concepciones para atrincherarse, después, en los atributos de su experimentado modelo cultural. Así tenemos a los democristianos que se aferran a sus concepciones, otro tanto sucede con los liberales y lo mismo pasa con los conservadores, aunque las diferencias entre ellos nos puedan parecer pueriles desde la perspectiva de la izquierda. Pero ninguno de los grupos indicados se atreverá a defender una determinada posición en nombre de la interpretación que al efecto haya aportado un teórico de reconocido prestigio.

La incertidumbre producida por los actuales proyectos políticos ha dado lugar a la descrita respuesta adaptativa, de cuya renovada experiencia puede surgir una reorientación cultural. Cualesquiera sean los resultados obtenidos, como consecuencia de los ensayos practicados al amparo del «confinamiento cultural», seguiremos necesitando el modelo cognoscitivo que sea capaz de interpretar la realidad actual, pues sólo podemos orientar el futuro desde la perspectiva de la experiencia vivida. Es decir, para recuperar la confianza en el futuro es necesario superar la incertidumbre producida por el presente, y para reorientar la actividad social nece-

sitamos un renovado proyecto político que sea capaz de integrar la realidad de nuestros días ⁶.

Efectivamente, los acostumbrados recursos a la solidaridad no bastan para paliar las consecuencias del desempleo, pues quien no disponga de un trabajo estable se encuentra desvinculado de la estructura de la sociedad, considerándose como un ser que no participa de la común actividad social, aunque sea más lucrativa su actividad marginal. Por otra parte, el recurso a la experiencia del pasado, por estimar que las nuevas tecnologías traerán consigo la creación de nuevos puestos de trabajo, sólo puede interpretarse como la constatación de un hecho histórico que no se confirma en la actualidad dadas las dificultades para alcanzar un razonable crecimiento económico.

Las actuales expectativas

A juzgar por la duración de la crisis, y por los resultados obtenidos, podríamos encontrarnos en una situación similar a la que describe Lester C. Thurow en su libro titulado *Sociedad de Suma Cero*, de cuyo análisis se desprende que en la crisis actual todo cuanto se da a uno se le quita a otro. En términos más «económicos» resultaría que las inversiones realizadas en el sistema productivo, teniendo el propósito de conseguir el incremento de la productividad, se aplican sobre una producción prácticamente invariable. Bajo otro punto de vista podríamos definir la misma situación diciendo que las empresas consiguen el incremento de la productividad transfiriendo a la comunidad la responsabilidad social del mantenimiento del empleo. Desde otra perspectiva, definiríamos la situación enunciando que el incremento de la productividad sólo se consigue a costa del aumento de las desigualdades.

La valoración de la crisis en los términos citados es propiamente especulativa.

El futuro de la política basada en la unidad de la izquierda en Francia ha servido para ratificar la fragilidad de las concepciones tradicionales.

No vamos a extendernos sobre las razones que avalan su enunciado por exceder a las pretensiones del examen que nos ocupa, pero son tan legítimas como las de quienes todavía creen en una recuperación de la actividad que sitúe el contexto económico en términos semejantes a los barajados en la década de los sesenta. Por otra parte, el debate teórico que al respecto pueda iniciarse sólo podrá zanjarse por la propia realidad de los hechos.

La naturaleza del problema político que se plantea está en relación al carácter de las expectativas que puedan suscitar la recuperación de la confianza. Es decir, tratamos de vislumbrar si la alternativa a la crisis actual vendrá de la mano de las innovaciones tecnológicas o, por el contrario, supondrá una revisión de los planteamientos culturales básicos. La diferencia es sustancial, pues en el primer caso se trata de profundizar en los valores más significativos de la sociedad actual; pero en el segundo caso se trata de ensayar la emergencia de otros valores, hasta el extremo que puedan implicar un replanteamiento de los objetivos perseguidos por la sociedad.

El problema, por tanto, se plantea para el supuesto que las políticas destinadas a la profundización de los valores tradicionales no sean suficientes para conseguir el nivel de crecimiento económico capaz de absorber el desempleo. También se plantearía en el supuesto que se consolidara la «sociedad dual», con un crecimiento económico basado en la disociación de la sociedad. En ambas circunstancias podría surgir una respuesta social que cuestionara el objetivo del crecimiento económico, replanteando la interpretación de la realidad desde perspectivas completamente distintas.

Sin que ello implique avanzar acontecimientos, la nueva lógica social tendría que plantearse en términos antitéticos a los que resultarían de la interpretación de

la situación actual. En tales condiciones, los aspectos globales tenderían a prevalecer sobre los particulares, la productividad se vería limitada por las exigencias de vinculación social, y se desarrollarían nuevas fórmulas, e instituciones, para regular los ámbitos de relación que emergieran como consecuencia de la nueva realidad social.

Todas estas reflexiones nos conducen a la necesidad de replantear los supuestos básicos del debate político que se necesita en el momento actual. Si los proyectos políticos tradicionales han sido abandonados

porque no han podido explicar lo que está sucediendo en la actualidad, la respuesta adaptativa nos lleva a acentuar los valores y métodos que, hasta la fecha, habían demostrado su eficacia. Pues bien, esto último es lo que se está haciendo en la actualidad, pero no basta para recuperar la confianza en los actos y decisiones humanas. Para recuperar la confianza en el futuro, y en nosotros mismos, necesitamos interpretar nuestra propia realidad y disponer de la capacidad para orientar nuestro futuro. Tal es el propósito del presente artículo.

¹ Obsérvese que nos estamos refiriendo a dos métodos de verificación completamente distintos. El «confinamiento cultural» se verifica en relación a la identidad humana, aceptando los supuestos en los que sea positiva o negativa. Por el contrario, la verificación de los «modelos cognoscitivos» se hace por analogía respecto a la realidad, admitiendo una mayor riqueza de matices, o interpretaciones, que puedan explicar las desviaciones apreciadas en el examen de la correspondiente correlación.

² En la voluntad de aproximación de los poderes públicos con la sociedad subyace la convicción de que existe una dicotomía entre los propósitos de la Administración y los intereses de la comunidad. El pacto político ha supuesto la parcelación del poder, pero no ha resuelto el problema fundamental de la vertebración nacional, que sólo podrá superarse cuando todas las partes se reconozcan depositarias de los mismos y comunes objetivos, con independencia de las formas culturales en que se manifiestan. Por otra parte, la crisis no contribuye a unificar los objetivos pues cada sujeto tiende a acentuar su identidad respecto a la de aquéllos con los que interactúa, ensanchándose la brecha de la insolidaridad.

³ Desde la perspectiva de nuestro análisis, por ejemplo, atribuimos el calificativo de «crisis de identidad» a aquellos supuestos en los que sus protagonistas proyectan sus expectativas en relación a lo que podría haber sucedido si la historia de su pueblo hubiese transcurrido en otros términos. Por el contrario, el nacionalismo proyecta su futuro partiendo de su propia experiencia cultural, mutilando y tergiversando la historia si con ello se sirve a su proyecto político. La diferencia es sustancial, y la posibilidad de atribuir ambas actitudes a una misma realidad política implicaría negar la existencia de «efectos» completamente dispares en cada uno de los casos.

⁴ La herencia cultural que hemos recibido nos atribuye una concepción «fatalista» de la vida. Tal concepción es propia de aquellas civilizaciones agrarias dependientes de las alteraciones climáticas, pues la «causa» de su suerte se situaba más allá del ámbito reservado a su cotidiana actividad. Desde una

perspectiva histórica, el «fatalismo» corresponde a una concepción completamente antitética a la desarrollada por la burguesía, cuya noción de la «libertad» se basa en la confianza depositada en los actos decididos por cada persona. La concepción «fatalista» de la vida es pareja con la concepción «omnipotente» del poder, que se sitúa más allá de la realidad de cada persona. La concepción «omnipotente» del poder político debe entenderse por analogía a las concepciones que hemos descrito. Desde una perspectiva más coloquial diríamos que hay quien responsabiliza al poder político de todas las aventuras y desventuras que se desarrollan en la sociedad. La citada concepción se ha visto reforzada por la herencia determinista de nuestra filosofía, que imputa a las relaciones sociales y a las estructuras la «causa» que determina su evolución.

⁵ Los socialdemócratas de la época creían que la depresión era producida por los excedentes de producción del sistema capitalista (de acuerdo con las tesis de K. Marx), con lo cual dedujeron que era necesario esperar a que la sobreproducción fuera reabsorbida por el mercado, pero la falta de medidas sólo contribuyó a empeorar la situación, facilitando el ascenso de Hitler al poder. El éxito de la política económica nazi fue decisivo para que el pueblo alemán asumiera concepciones que, en caso contrario, nunca hubiesen podido prosperar. El fracaso de las tradicionales concepciones también sirvió para que los socialdemócratas alemanes abandonaran, más tarde, su tradicional ortodoxia.

⁶ Es decir, el carácter antitético de la interpretación que Marx atribuyó a la dinámica social se basaba en que sus valores eran contrapuestos a los de la burguesía; y, por el mismo motivo, la clase dirigente asume interpretaciones completamente antagónicas a las que se postula desde la clase trabajadora. Las nuevas interpretaciones deben vertebrarse con el auxilio de los valores asumidos por el «sujeto», de tal suerte que no cabe plantearse un modelo cognoscitivo que no sea capaz de integrar los valores ensayados por la sociedad.